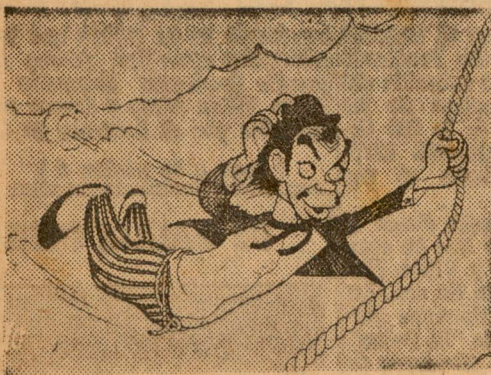


EL LABERINTO Y EL HILO

Mitos populares y futuro

Por Sebastián SALAZAR BONDY

Los pueblos suelen crearse ciertos mitos propios y característicos, no impuestos por los poetas o por la reverencia oficial, suscitadores éstos, más bien, de una mitología suntuosa y solemne. Aquí se hace referencia a un tipo de mito más íntimo y cordial, que no incluye lo heroico sino en muy relativa medida y cuyo motor es el sentimiento, no la razón. Del fondo popular surge una figura, un personaje, que encarna ciertas esencias peculiares de su raza o su comunidad, y ella se eleva hasta colocarse en un plano superior. No es él la perfección sino en cuanto representa, en su modo de ser, particularidades regionales y significa, en su existencia, la cúspide de una aspiración general de sus compatriotas, de sus semejantes. En el corazón de las gentes sencillas esa imagen se afirma hasta un punto tal que la inteligencia se ve obligada, al fin, a reconocer que hay un símbolo de algo trascendental. Es lo que pasó con Carlos Gardel, de quien to-



avía se puede exhibir —como ahora en Lima— un film o hacer oír una grabación despertando la emoción de las gentes. Y hace una treintena de años, cuando menos, que el cantante argentino perdió la vida en el aeropuerto de Medellín.

Para dar una noción cabal de la presencia mítica de Gardel, el excelente cuentista argentino Julio Cortázar ha relatado una anécdota singular. Escuchó en una calle suburbana de Buenos Aires, a la puerta de un cine en donde se reponía una de las viejas cintas del cantante, el siguiente diálogo entre dos compadritos: “¿Qué pasan hoy ahí?”, le pregunta uno al otro. El interrogado, sin vacilar, contesta: “¡Hoy pasan una de ‘El Mudo!’” El espontáneo tropo lo dice todo: tanto es Gardel para su pueblo, como expresión, que ya es el silencio, la suma perfección. Es curioso que Gardel siga siendo esta suerte de grandeza a la que el hombre de la masa aspira. Martínez Estrada creía que al culto de Gardel había reemplazado el culto irracional de Perón, pero aquél parece menos interesado, y por ende menos pasajeros, que éste.

Lo singular es que ese criollo que sedujo a París y le enseñó el tango, se hizo, en cierto modo, —como Cantinflas—, el modelo del latinoamericano. Había en su persona irreal masculinidad y dulzura, esa mixtura de macho y niño que es, al parecer, el ideal humano que persigue el hombre de nuestras latitudes. Su voz, aquí entre nosotros, y lo mismo en Chile que en Colombia, ejercía una influencia hechizadora. El caso del bufo mexicano se le parece. Ya se ha dicho, y bien, que la picardía del “pelado” es otra forma de machismo, pese a que en su persona hay un aire de debilidad y desamparo, infantil si se quiere. En los dos casos, con modalidades diferentes, se reconoce una idéntica índole moral. Se dan otros ejemplos como los citados, pero valgan ellos por obvios.

Keyserling gozaba extrayendo de indicios así, naturales, generalizaciones brillantes. De

todas maneras, este orden de mitos latinoamericanos le hubiera servido para abonar su teoría del hombre solitario en el mundo inmaduro, del ser aislado en el universo del tercer día de la creación. Porque Gardel y Cantinflas, ¿no son, acaso, muestras de la soledad? El uno en el tango, melodía y verso acongojados, de ausencias y desamparos; el otro en la ironía, arma de la timidez indefensa, de la debilidad cercada. De cualquier manera, estos mitos populares entrañan un mensaje, al cual no deberíamos desoir porque tal vez nos anuncian una forma futura.